

Héroes de plata

Enrique Encabo

ALEJANDRÍA NARRATIVA

oblivias.

Héroes de plata

Enrique Encabo

ALEJANDRIA NARRATIVA

ob&cuas.

Un joven letraherido de la Provenza de mediados del siglo XIX se siente poderosamente atraído por la vida bohemia de los artistas del París de la época, de la que tiene solamente referencias lejanas. Tras una dolorosa ruptura sentimental y luego de conseguir que su padre le financie el viaje mintiéndole sobre una supuesta beca de estudiante, logra su sueño de instalarse en la capital francesa. Allí, pronto se pondrá en contacto con el cénacle y conocerá a los grandes nombres de la literatura francesa más marginal: Baudelaire, Gautier, Gerard de Nerval... Pero lo que él veía en sus sueños provincianos como una élite sublime del arte, enseguida se desvela como una pesadilla de contradicciones en la que nunca se sentirá a gusto, pero sin la que, a partir de ese momento, tampoco podrá vivir.



Héroes de plata

Enrique Encabo

www.edicionesoblicuas.com

Héroes de plata

© 2014, Enrique Encabo
© 2014, Ediciones Oblicuas
EDITORES DEL DESASTRE, S.L.
c/ Lluís Companys nº 3, 3º 2^a
08870 Sitges (Barcelona)
info@edicionesoblicuas.com

ISBN edición ebook: 978-84-16118-04-5

ISBN edición papel: 978-84-16118-03-8

Primera edición: marzo de 2014

*Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales
Ilustración de cubierta: Héctor Gomila*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

www.edicionesoblicuas.com

I

«Lo importante es ser capaz, en cualquier momento, de sacrificar lo que somos por aquello en lo que podríamos convertirnos». No recuerdo el título del libro en el que esta advertencia, perdida cual secreto manuscrito entre tinta y hojas arrugadas, llegó a mi vida. Sí quién me lo regaló: una de esas personas que llegaban a mi pequeño refugio del mundo atraídas por el suave clima y los buenos vinos del Mediterráneo. Una mujer, que me pareció jovencísima en contraste con su marido, y de la que tuve la sensación de que no era feliz. Quizá la insistente y curiosa mirada de un niño de doce años le recordó que seguía siendo atractiva y, agradecida, me obsequió con un libro, sin ser consciente de que me daba mucho más; la frase anotada por su mano oculta por un guante marcaría el resto de mi vida.

Mi Provenza era entonces cada vez más visitada por numerosos viajeros que venían a pasar temporadas a improvisadas casas de huéspedes y que, por alguna razón, eran muy convenientes para todos; eso decían los mayores. Para mí esas aves urbanas también eran útiles: a través de sus conversaciones podía saber que había otra vida, otros lugares y, en algunos casos, otros sueños. Franceses, suizos, ingleses, otros de las tierras del Norte..., todos conquistaban el mar gracias al ferrocarril, en un camino inverso al que emprendían nuestros vinos y quesos.

Escuchando aquellos mil acentos supe que la vida en la gran ciudad era distinta..., muy distinta. Nunca había salido de mi población; ni siquiera había visto Marsella, o Lyon, o Niza. Y me aburría..., a pesar del espléndido teatro que, gracias a las ganancias obtenidas de los visitantes, se había inaugurado. Ya se proyectaba un balneario, y un casino. Yo imaginaba que todos esos edificios serían como aquél: terciopelos rojos, estatuas doradas, grandes escaleras... Pasaba horas admirando el teatro que mi padre detestaba. En aquellos años, Francia no estaba para obras que calentaran demasiado las cabezas, debía de pensar; aunque la censura existía, era más eficaz la autocensura, el rechazo que mis paisanos, incluido mi padre, mostraban hacia todo aquello que pudiera suscitar la sospecha de cambios..., salvo los económicos derivados de los visitantes. Aristócratas, banqueros, comerciantes, militares, también pintores, muchos, aunque nunca disfruté ninguno de sus cuadros acabados. En mi pequeña ciudad no había Salones, ni Academias, y a nadie interesaba ver pintado el sol que inundaba a diario la bahía. Los únicos cuadros de mi infancia fueron retratos, más retratos... y alguna que otra virgen o santo destinados a los pequeños altares domésticos. En mi casa también había uno de éstos, un armario que, celosamente, guardaba una pequeña virgen y una oración de Saint Bernard. El aroma de las flores al ayudar a mi madre a adornarlo fue una de las primeras emociones estéticas que tuve.

La religión es cosa de mujeres, decía mi padre. Él prefería que lo acompañase a la taberna, donde los prohombres del lugar se enfrentaban en acaloradas discusiones al calor del vino. Unas veces por la política, otras por la guerra y, en aquellos años, por el ferrocarril, que tenía no pocos detractores. Protestaban por la excavación de las hermosas montañas, por las pérdidas para el transporte fluvial y por el miedo a los ingleses, que acabarían adueñándose de Francia. Por extravagantes que

fueran las afirmaciones, eran las únicas verdades en un lugar en el que no había periódicos propios y, los de fuera, llegaban un día sí y tres no.

—La prensa siempre miente —aseguraba un paisano agitando su vaso.

—¿Para qué queremos enterarnos de lo que pasa en París? —continuaba el sarcástico responso otro vecino—. Apenas nos enteramos de lo que pasa aquí.

A mí, entonces, no me interesaban los altares, ni la taberna, ni el ferrocarril, ni la amenaza de los ingleses. Solo deseaba pasar el mayor tiempo posible en la biblioteca de Monsieur Queral. Monsieur Queral era distinto, demasiado diferente para aquel ambiente provinciano. Para unos, sabio; para otros, cínico; para la mayoría, distraído, había llevado una vida de novela que relataba a todo aquel que quisiera escucharle: soldado, marchante de arte, comerciante... Había recorrido el mundo, desde las estepas de Siberia a las costas escocesas, hasta que, pasados los cincuenta años y a causa de una gota en su pie izquierdo, se había visto obligado a refugiarse en el sol de Provenza. Monsieur Queral se había quedado solo en la Francia posterior a las guerras napoleónicas, en su casa convenientemente alejada de la taberna y la iglesia, sin interés por los visitantes ni las posibilidades que éstos ofrecían. En su soledad se entregó al coleccionismo: tarjetas de visita, carteles de teatros, abanicos, jarrones... y libros. Era fascinante oírle hablar de su vida, de sus viajes, de sus aventuras y, sobre todo, de sus libros. El anciano estaba convencido de que algún día sus estampaciones e ilustraciones serían objetos de valor; para mí ya lo eran: mi única ventana a un mundo que sabía estaba más allá del mar; más allá del ferrocarril.

—No me lo estroopees..., algún día... —El orondo y cano Queral siempre me advertía con cada volumen que tomaba prestado a cambio de escucharle afirmar el valor que, segundo a segundo, adquirían sus estanterías.

Devoraba los libros de aquella casa mientras él recordaba, fatigado, su vida. Admiraba a Monsieur Queral porque, entre lo mucho que sabía y otro tanto que inventaba, tenía algo que contar y, a partir de las tardes que pasé con él, decidí que yo también quería contarle algo al mundo. Necesitaba seguir su ejemplo, vivir mil historias y mil ciudades; solo tenía que proponérmelo.

A los quince años no solo descubrí los libros. Una noche, junto al mar, conocí el amor, el verdadero amor. El resto del verano lo pasé enamorado, escuchando de mi Amor las alabanzas hacia un autor inglés ya fallecido, pero que había sabido cantar —aseguraba entusiasmada— las pasiones humanas: William Shakespeare. De su boca, junto a la arena, supe de los celos de Otelo, del extraño amor paternal de Lear, de la ambición de Macbeth, del trágico amor de Verona... Era feliz. Muy feliz.

No duró mucho aquella felicidad. El año 1848 llegó cargado de vientos revolucionarios que agitaron los nervios de mi ciudad: la mayor preocupación era que no llegaran más visitantes, que aquella prosperidad acabara por las locuras de cuatro *socialistes*. Aún no sabía qué era un *socialiste*; mi padre me explicó que era un sujeto marginal, cuya única ocupación era robar a las gentes de bien y destruir mediante la agitación social. Y en febrero llegó lo que nadie esperaba en aquella esquina de Francia: el periódico de Lyon anunciaba el fin del reinado de *le roi bourgeois*, Louis Philippe, y los temores mudaron en horror; hasta Monsieur Queral abandonó el retiro de su casa para acudir cada tarde a la taberna, convertida en improvisada agencia de información. Durante los siguientes meses, las mujeres rezaron aún más para que Dios nos librara de la turba incendiaria que acabaría con Francia, y en la taberna los gritos acallaron la razón. A mí ya se me permitía formar parte del grupo de filósofos provincianos, aunque en silencio, guardando el debido decoro hacia los que más sabían únicamente por una cuestión de edad. En

junio estalló la guerra. ¡La guerra que nunca vimos pero de la que tanto supimos! Los viejos lloraban diciendo que la *Grande-Nation* había llegado a su fin; unos acusaban al rey, otros, a su mal gobierno... Mi padre, enérgico, afirmó que solo había un enemigo de Francia, los artistas, los intelectuales, esa raza inmunda de *bohémiens* que habían provocado el conflicto. Nunca había escuchado a mi padre tan vehemente, y más para anunciarle por vez primera aquella palabra: *bohémiens*. Alguien aventuró que la culpa era de los polacos, que habían invadido Francia y que, por no tener nación, querían destruir también la nuestra. Se oyó una voz acusando a los judíos. Yo no sabía qué pensar, asustado ante aquella tribu de profetas. Se maldijo el telégrafo, invento del diablo que había traído de la peligrosa Inglaterra blasfemias nacidas en la mente enferma de un hijo de la lejana Prusia.

—Un fantasma recorre Europa... —susurró Monsieur Queral tan levemente que apenas pude escucharle.

Fueron meses de tremenda confusión. Por las noches acudía a contarle al mar y a mi Amor todo lo que creía aprender en la taberna. Y allí escuché la palabra mágica: cambio. Y decidí que ya me había cansado de esperar lo que quisieran contarme desde París, Lyon, o cualquier otra ciudad más grande. Yo debía estar en primera línea de fuego, en la batalla si era preciso. Era necesario ver, oír y contar.

Según pasaban los días, las noticias que llegaban eran aún más alarmantes. De Baden, Hannover, Sajonia, Praga, Viena, Budapest..., de Venecia, y hasta de la vecina Lombardía. Europa ardía en llamas insurgentes reclamando libertad y cambio. Algunos clamaban por la vuelta al Antiguo Régimen, sentenciaban que todo era un castigo divino por haber osado arrebatar el poder al designado por Él. Siguieron los ataques al progreso, al ferrocarril, al telégrafo... y entonces Monsieur Queral habló; y no como la

primera vez, sino alto, firme, seguro, pudiendo ser escuchado por todos.

—Las que conducen y arrastran al mundo no son las máquinas, sino las ideas —afirmó justo antes de que la taberna volviese a gritar.

Monsieur Queral no volvió, pero sí sus palabras, por lo que había dicho... y por cómo lo había dicho. Comenté su frase por la noche con mi Amor, me obsesionó durante el día y, finalmente, me decidí a expresar mi admiración a Queral. Cuando lo hice no sabía que aún me quedaban muchas sorpresas en aquel 1848. Llegué a su casa cargado con mi batería de halagos y elogios cuando comprendí, en la cómica expresión de su rostro, que él me aguardaba.

—He estado esperando este momento. Ahora que estás a punto de cumplir los dieciséis quiero hacerte un regalo —dijo ceremoniosamente.

La palabra ‘regalo’ me hizo olvidar el motivo de mi visita. Esperé ansioso uno de aquellos hermosos volúmenes, seguramente no el más bello, pero cualquiera de ellos sería mi gran tesoro. Sorprendentemente no me llevó a su biblioteca, sino a su habitación. Allí abrió una caja llena de libros, mucho más feos que los que permanecían a la vista en las estanterías. Entonces sospeché que el viejo era un tacaño que, más que un regalo, lo que hacía era limpieza de enseres. No dije nada, aunque supe que no me equivocaba al observar un descosido libro pobemente encuadernado entre sus manos.

—La frase... —comenzó a explicar sin poder disimular cierta inquietud—, la frase que tanto te gusta no es mía, aunque la suscribiría una y mil veces. Victor Hugo. Aunque ya reconocido... —detuvo su discurso por un momento— para tu padre debe formar parte de la *race immonde*.

Cómpline, me guiñaba un ojo mientras el volumen llegaba a mis manos. No conseguía entender... En la caja aún quedaban otros libros: Lord Byron, George Sand... Nunca los pude ver. ¿Por qué? Todavía no sabía que lo que

se esconde posee valor. Agradecí el obsequio, no muy convencido, y esa misma noche comencé a leer aquellas páginas que luchaban por mantenerse unidas con un fino cordel. *Hernani*.

«... en los actuales momentos de lucha y de borrasca literaria, no sabemos si son más dignos de compasión los que mueren que los que viven peleando; triste es que pierda la vida un poeta a los veinte años y que vea desvanecido un porvenir risueño; pero, en cambio, el que muere reposa...».

¡Qué extraña sensación se apoderaba de mí al leer aquel prefacio!

«... a los hombres en quienes se ceba la calumnia, la injuria y el odio; a los hombres leales, que tienen que sufrir guerra desleal; a los hombres llenos de abnegación, que tratan de dotar a su patria de una libertad más, de la libertad del arte; a los hombres laboriosos, que perseveran en realizar su obra de progreso y son víctimas de las viles maquinaciones de la censura y de la policía, por una parte, y por otra, de la ingratitud de los hombres por quienes trabajan...».

Días después, Monsieur Queral me informó de todo lo relativo a la obra que le habían contado los pocos amigos que conservaba en París. Me habló de un poeta con chaleco rojo en el estreno, del formidable escándalo, de libertad en el arte, de *perruques* y, frente a ellos, un *cénacle* que adoraba a Shakespeare y a Beethoven, un músico prusiano. Shakespeare nuevamente, y París... y todo lo que yo ya necesitaba en mi vida. No había otro modo: debía formar parte de ese *cénacle*.

«... ¡Jóvenes, valor y adelante! Por trabajoso que nos sea el presente, será hermoso el porvenir...».

Hablé a mi Amor de Shakespeare, que sabía ella idolatraba, de Victor Hugo, de París..., pero mi pasión se desvaneció un fatídico trece de diciembre de 1848. La vida se me fue en una noche de invierno. Yo, que tanto creía

saber de cambio, de libertad y de sueños, no supe cómo reaccionar. Y la Navidad llegó, triste como ninguna. Fue entonces cuando el mundo dejó de importarme, cuando comprendí dolorosamente que las cosas seguían como antes. Que a nadie le importaba que la vida tuviera o no sentido para mí; que me habían robado la ilusión, no sabía quién, pero seguro que había sido alguien. La única decisión que pude tomar en aquellos días fue acudir a casa de Monsieur Queral para saber si en su biblioteca figuraba alguna obra de Shakespeare. La primera que encontró fue *Hamlet*.

Inaugurado 1849 ya no había felicidad en Provenza para mí. Si todavía existía, tenía que estar lejos, tan lejos como París. Pero mi padre no lo tenía tan claro como yo. Mi padre era un hombre bueno, muy bueno, aunque extremadamente conservador y demasiado apagado a la tierra. Había alcanzado una elevada posición económica con mucha habilidad y algo de suerte; su principal credo era el del negocio. Movía el dinero con facilidad y sabía dónde invertir y cuándo cambiar de ocupación. Tenía reservado un alto destino para sus hijos, pero, lamentablemente, de los cuatro que había tenido, solo quedaba yo. Así que a mí me tocaba cumplir con las altas aspiraciones del comerciante. Aunque desde que a los catorce años había acabado la escuela no había hecho otra cosa que andar de un lado a otro buscando historias, nunca me obligó a continuar estudiando. Estaba convencido de que el título de bachiller jamás conseguiría que me llevase un pedazo de pan a la boca, y permitía que leyese únicamente para que pudiera estar en guardia frente a todas las doctrinas falsas, religiosas o políticas, que la prensa esparcía por Francia.

—Es un gran peligro para el hombre dedicarse a los placeres del espíritu —había comenzado a avisarme al comprobar el poco interés que mostraba hacia los negocios que debía heredar. A punto de cumplir diecisiete años, era

evidente que tenía que emplearme en algo. Pero esto solo preocupaba a mi padre; mi madre, de temperamento neurasténico, empeorado por no haber superado la muerte de tres hijos, era una española atípica. No tenía la alegría de éstas, no sé si la tuvo alguna vez, pero durante toda mi infancia y juventud, consagraba su vida a las múltiples plegarias diarias que tenía que dedicar a la gloria de su descendencia. Mi madre era más inteligente que mi padre, pero a diferencia de él, nunca buscó emplear su inteligencia en nada. Dejaba pasar la vida con los ojos más en el cielo que en la tierra. Y aunque mi casa no era alegre, había amor; amor que podía peligrar seriamente si yo pasaba a formar parte de esa *race immonde* de escritores y artistas. Necesitaba un plan. Y lo tenía; lógicamente iría a París a estudiar. Cualquier carrera no. Sería abogado; tras haber devorado muchos libros y haber escuchado a más personas, tenía una gran facilidad de palabra y era capaz de convencer al más escéptico de los acontecimientos más insólitos. No sabía de ciencia médica, pero podía inventar y reinventar leyes con una pasmosa facilidad.

No fue ninguna sorpresa que a mi padre no le gustara la idea. Mi madre calló, y tuve que inventar algo más para quebrantar su firme voluntad. Una ayuda del gobierno para los estudios sería suficiente; siempre había destacado en la escuela, lo cual no era difícil en un lugar en el que las letras, si no eran de cambio, no interesaban a casi nadie. Yo aprendí pronto a leer y a escribir con una caligrafía brillante, y mi maestro siempre comentó a mi padre la buena disposición que tenía para las artes, lo cual, obviamente, nunca le hizo mucha gracia. Pero todo esto me ayudaba en mi plan; en efecto, una nueva ley que permitía a los mejores estudiantes de las zonas más alejadas de París acceder a la Sorbonne. Inventé que se pretendía con ello evitar más revueltas, intentar que existiera una educación común para contribuir de este modo a la mayor gloria de la *Grande-Nation*, que era una oportunidad única,

un acto patriótico... y mi padre cedió, pues si había algo que lo caracterizaba, era su amor y devoción a la *Patrie*. Me facilitó una importante suma de dinero para poder vivir en París hasta que la ayuda llegara; entonces, por fin, pude huir en uno de esos ferrocarriles que en la taberna maldecían.

No quise despedirme de nadie; ni siquiera de Monsieur Queral. No quise porque aquel hombre me quería, y alguna vez me habló de los peligros que, para un joven provinciano, tenía París; así que evité que tratara de disuadirme por miedo a que lo consiguiera, y le escribí una larga carta, tremadamente sincera, que le llegaría cuando yo estuviera lejos. A pesar de la oposición inicial, fue mi padre quien organizó mi viaje, consiguiendo que unos comerciantes con los que tenía negocios me llevaran a Marsella. Embargado por una emoción mezcla de orgullo y de tristeza, me dio un largo abrazo y mil y un consejos, que apenas pude asimilar, sobre lo que debía hacer al llegar a París. Una vez emprendí el camino, sentí ganas de llorar cuando observé nuestro Mediterráneo, de noche, iluminado por la luna... y sin mi Amor.

La calma y la melancolía dieron paso, en Marsella, a la admiración ante la inmensidad del vapor que aquella enorme máquina desprendía. ¡El ferrocarril! Tanto oír hablar de él ¡y al fin lo veía! Sentí una súbita emoción cuando arrancó; miraba al resto del vagón tratando de compartir idéntico entusiasmo, pero advertí cansancio y sueño comprendiendo que, probablemente, yo era el único que hacía aquel trayecto por primera vez. Inmensa la laguna de Berre, Arles... ¡y el Ródano! Aviñon, Valence, Lyon...

El asiento de madera comenzaba a hacer mella en mi cuerpo, pero no me importaba. Cruzamos el Saona y contemplé el hermoso paisaje que tan extraño era para un joven de costa. En Dijon tuvimos que esperar una hora; bajé del tren, saqué el tabaco que me había regalado mi

padre y fumé por primera vez, como tantas veces había visto fumar a otros. Observé el tren, impresionado por sus dimensiones y, mientras contemplaba desde el andén la magnífica Catedral de Saint-Bénigne, sentí nervios, y miedo, y excitación... ¡Qué clase de locura estaba cometiendo! ¡Aquello no tenía ningún sentido! Pero no era momento para arrepentirse, además, no había marcha atrás. Ocupé de nuevo mi asiento y, observando los pequeños ríos Amançon, Brebbe y Oze, cerré los ojos.

Debí de dormir unos cuarenta minutos antes de despertarme sobresaltado creyendo que ya había llegado a París; tras el susto, decidí que no quería dormir, así que, mientras miraba el bosque de Fontainebleau, traté de mantener mi mente ocupada pensando qué sabía de París. Y lo que sabía es que era muy grande, que la gente era elegante, que había muchos cafés y... nada más. Tenía que aprender muchas cosas. Observé el Sena, y el bosque de Sénart, y nuevamente, sin querer, quedé dormido. Cuando desperté quedaba poco para llegar a la Gare de Lyon.

Con el cuerpo dolorido bajé del tren y, lejos de una recepción triunfal, lo que encontré fue alboroto y velocidad; gente por todas partes hablando muy alto, vendiendo, reclamando, empujándose, corriendo... y yo, en la Gare de Lyon, cargado con mi equipaje: una maleta, dos o tres direcciones y problemas, muchos problemas. Sentí un escalofrío al recordar todas mis mentiras. ¿Y si no salía bien ese descabellado plan? En la estación no había tiempo para pensar; además, mi padre me había advertido de la proximidad de la prisión Mazas y de los robos que se producían en los andenes, así que, obligado por el movimiento de todo lo que me rodeaba salí a la gran ciudad y admiré, por primera vez, París.

II

Mis primeros días en la ciudad fueron un apasionante sueño de hierro y luz de gas. Todo era formidable y por todo me dejaba asombrar. Al salir de la estación tuve suerte y encontré a un amable señor de Marsella que hizo muy sencilla mi llegada. En realidad fue él quien me encontró, porque en ese instante comprendí que había algo en mí que hasta entonces no había percibido: mi fuerte acento. Los parisinos hablaban distinto; francés, sí, pero con un acento tan diferente que al principio me costaba entender algunas palabras. Mi paisano me ofreció una habitación de su casa con la condición de que la abandonara pronto, ya que él no alquilaba estancias. Fue un favor que me permitió embriagarme de París durante días sin la mundana ocupación de encontrar alojamiento. En Provenza me habían advertido de los peligros, escándalos y perversiones de aquella ciudad, pero nadie había mencionado sus hermosas calles llenas de luz, sus sonidos, su paisaje de gente viva. París era enorme, a lo ancho... ¡y a lo alto! ¿Cuánto medían aquellos edificios? Nunca había visto cosa igual. Me embelesaba contemplando las fachadas, observando los adoquines, las calles, los carruajes. Aquel movimiento de personas, siempre de un lado a otro, me hacía preguntarme si todos acudíamos allí con la misma intención.

Una vez disfrutada la ciudad, debía buscar un lugar donde poder vivir y comenzar mi carrera literaria. Mi padre, siempre previsor, había metido en mi chaqueta las señas de algunos conocidos para encontrar alojamiento, a pesar de que le había asegurado que el gobierno me daría una residencia estable. La triste verdad era que necesitaba esas direcciones.

La primera casa a la que acudí fue a la de Christine. Lo hice porque ella era de mi edad; habíamos estudiado juntos en la escuela, hasta que sus padres, petulantes y nuevos ricos, decidieron que su hija debía triunfar en la Ópera de París. Con catorce años aquella chiquilla salió del coro de la iglesia rumbo al éxito en la capital. La posición social de su padre, el único médico, lo permitía; a mi padre no le gustaba, como no le gustaba ningún médico, seguramente porque había perdido la fe en todos ellos en el cementerio, mientras enterraba a sus tres hijos. Pero a mí ni ella ni su padre me resultaban molestos, quizá porque había olvidado lo malo, o porque nunca lo había apreciado. Lo único que no me gustaba de visitarla era recuperar una parte de la infancia que había decidido quedara en el pasado. Pero no tenía alternativa; no conocía a nadie en París, y ella llevaba tres años viviendo allí.

Al llegar al lugar señalado, encontré una magnífica mansión y comprendí que Christine había alcanzado fama y fortuna sin haber presumido de ello. Me avergoncé por haber pensado tan mal de sus padres, a los que honraba aquella modestia de no hablar de sus logros. Lo único que habían contado, hasta ese momento, era que estaba estudiando y que había hecho algunas actuaciones, pero no que su vida era la de una parisina acomodada. Me alegré por ella, y sobre todo por mí, pues comprobaba de esa manera que no era difícil triunfar en París. Mi pensamiento cambió al abrirse la puerta, preguntar por ella, y verla llegar con el uniforme de doncella. Christine se ruborizó; obviamente yo era una sorpresa, y no agradable.

Cuando reaccionó, pasamos a la cocina, donde hablamos poco tiempo pues tenía muchas obligaciones que atender. Christine no había cambiado demasiado: morena de piel y de pelo, más bien pequeña de estatura, los kilos comenzaban a sobrarle, aunque continuaba mostrando su característica timidez y su parsimoniosa manera de andar y gesticular. Parecía rebosar humanidad y a todo el mundo cautivaba por este único atractivo. Dulce y cándida, solía tener la boca llena de las más absolutas cursilerías, también en París. Con constantes interrupciones en su propio discurso, me explicó que seguía cantando y que tenía un novio al que no amaba pero no se atrevía a abandonar, a pesar de que la hacía sentir desgraciada. Sentí cierta ternura al escuchar su relato, sin poder entender que alguien pudiera tratar mal a aquel ángel de hogar.

Christine, como no podía ser de otro modo, no me ayudó; estaba nerviosa, turbada, deseando que me fuese. Sabía que ella se había sentido atraída por mí en la escuela, pero los nervios en esta ocasión se debían más a su uniforme que a cualquier tipo de pasión. Salí de allí prometiendo darle mis señas en cuanto las tuviera y, sin saber por qué, preguntándole por los bohemios. Me dijo, ya en la puerta, que no existían, que era algo que el gobierno inventaba para atraer más gente a París.

El camino de vuelta lo hice sin darme cuenta, pensando únicamente en Christine: nadie sabía su verdadera ocupación, estaba en París por una mentira... Igual que yo. Rompí el resto de señas que llevaba. Quizá todo París era una mentira, todo falso: los bohemios... ¡Maldito Queral! Obviamente se lo había inventado, como sus batallitas de las guerras napoleónicas... ¡Viejo loco! Pero la culpa no era suya sino mía, pues, al no despedirme, no le había dado la oportunidad de explicarme que nada de lo que me había contado era verdad. Me convencí de que mi aventura era un error, que no había inquietudes, que no había bohemios,